

# Documento

## Monseñor Navarro, *El ideal de Iglesia* (1936)

Selección y nota preliminar Rodrigo Conde  
Universidad Simón Bolívar

---

### INTRODUCCIÓN

Monseñor Nicolás Eugenio Navarro (1867-1960), figura descollante de la vida religiosa y de las letras venezolanas, escribió estas páginas cuando contaba 71 años de edad. A pesar de su avanzada edad todavía era una persona con ideas claras y salud de hierro y en su pluma se reflejaban sus ideas de cómo había visto la evolución de la historia eclesiástica, social y política venezolana.

Escritas en pleno gobierno de López Contreras, Monseñor Navarro estaba conciente de las críticas que por los medios de comunicación social se hacían contra algunos personeros eclesiásticos señalados como defensores del gomecismo, principalmente contra Monseñor Rincón González, arzobispo de Caracas.

Estas páginas reflejan la visión muy personal de Monseñor Navarro respecto a algunas personas y acontecimientos. Quizás con algunos estuvo demasiado parcializado. Hoy, después de haber pasado muchas décadas podemos ver los hechos desde otras perspectivas. Podemos ver por ejemplo la sinceridad y pasión con que Monseñor Navarro vio los acontecimientos y el deseo tan profundo y espiritual de que la Iglesia venezolana pudiera rehacerse, una vez terminada la dictadura férrea de Gómez, y brillar en todo su esplendor ante la sociedad venezolana.

Procedentes del Archivo Arquidiocesano de Caracas, son 33 páginas, tamaño carta y escritas a máquina, en buen estado y con dos fechas: una del 23 de septiembre de 1936 y la que está en la portada, fechada el 19 de octubre del mismo año.

El texto está transcrito tal como él lo escribió, con su ortografía, subrayados y paréntesis. Sólo aclaro algunos acontecimientos o personas con las respectivas notas a pie de página.

## EL IDEAL DE IGLESIA DE MONSEÑOR NAVARRO<sup>1</sup>

Tuve desde niño la visión clara de la inferioridad, ignorancia y relajación del clero de Venezuela, creada por el espectáculo de cuanto desde entonces pude presenciar y averiguar.

Como seminarista, mi aspiración única fue la restauración de esta Iglesia, en conformidad con la alta noción de Religión y Patria que Dios me hizo el precioso don de infundir en mi alma y que ha sido el vigoroso resorte de toda mi vida. ¡Gracias le sean dadas!

Fue la mayor de mis fortunas el haberme hallado, para mi formación eclesiástica, con el Padre Castro (el más tarde egregio Arzobispo de Caracas) haberme entendido, haberme compenetrado con sus ideales y haber cooperado a su realización, aun más de lo que él hubiera podido imaginarse.

Otras de las fortunas mías fue el haber gozado de la predilección del insigne anciano Fray Olegario de Barcelona, el ejemplarísimo Capuchino, que por tantos años edificó a Caracas desde su santuario de La Pastora y que entre sus méritos sobresalientes tuvo el de un alto concepto de la Iglesia, el anhelo de la santificación del Clero y la abominación de todos los rastreos en que veía irse envileciendo la misma Iglesia entre nosotros.<sup>2</sup>

Una más fue la de haber también convivido con los Pbro. Dr. Nicanor Rivero, Miguel Antonio Espinosa, Manuel Felipe Alvarez y un Mariano Perdomo, o sea, lo mejor de la legión selecta del clero formado por Monseñor Guevara y que le acompañó en su destierro. Con el P. Alvarez pase larga temporada en Trinidad, cosa que me fue sobremanera provechosa

1 NAVARRO Nicolás Eugenio, "El Ideal de Iglesia de Monseñor Navarro ¡Ojalá haya quien lo recoja y pueda realizarlo", Caracas: 19 de octubre de 1936 (90º aniversario del nacimiento de Monseñor Castro)" en: Archivo Arquidiocesano de Caracas, Sección Varios, Legajo 17 (Nicolás E. Navarro).

2 Fray Olegario de Barcelona, llegó a Venezuela con un grupo de 70 capuchinos en 1842, expresamente pedidos por el Gobierno del Gral. Páez, para la restauración de las misiones. Terminó la construcción de la Iglesia de la Divina Pastora en Caracas y llegó a verla elevada como parroquia.

para ampliar y refinar mis conceptos sobre la Iglesia, sus luchas y triunfos de la época, impregnándome sobre todo de los grandes sentimientos con que el catolicismo francés sacudía y exaltaba entonces los ánimos.

Bajo la inspiración de tales mentores, con mi fuerte disciplina espiritual y el continuo acicate del estudio, sobre mis condiciones peculiares de carácter, quedó forjado el complejo de mi personalidad y se fue desarrollando mi vida dentro de la plena certidumbre de que el ideal, o digamos misión que le correspondiera, se realizaba paso tras paso.

Vine a Caracas cuando la suerte de esta Iglesia caía en manos del Arzobispo Crispulo Uzcátegui, sujeto escogido expresamente por Guzmán Blanco para abatirla hasta lo sumo y tenerla maniatada sin conato alguno de resistencia a las destemplanzas del Poder, y durante aquel ominoso pontificado no hubo un solo momento en que no latiera en mi espíritu el vehemente anhelo de su restauración, junto con la bien fundada esperanza de verla espléndidamente obtenida.

Impelido por vocación hacia las luchas en defensa de la causa católica por medio de la prensa, me consagré lleno de entusiasmo al periodismo, en una época en que las campañas de esta especie eran ardientes, levantadas y atrevidas, sin contar con el apoyo sino más bien con la manifiesta ojeriza de la Autoridad Eclesiástica, pero con la plena y magnífica conciencia de estar participando gloriosamente en la lucha universal por el triunfo de la verdad. La historia de mi vida periodística -que nunca, por lo demás, ha cesado del todo- representa sin disputa, junto con la de Monseñor Castro y del poco tiempo en que brillaron en esa arena el P. Espinosa y el Dr. Rivero, el mejor contingente que en ese orden de actividades pueda ofrecer hasta ahora el Clero Venezolano.<sup>3</sup>

Fue siempre mi gran preocupación la de una alta formación del clero en mi país. La falla, tanto en el sentido cultural como en el sentido sobrenatural de la generalidad de nuestros sacerdotes, no ha podido jamás ser rebatida. Los motivos, que ya tengo expuestos en otros lugares, no hay para qué traerlos aquí a colación. En mucho es preciso tener en cuenta el enorme atraso y la rudimentaria intelectualidad de la casi total masa de nuestra población. Pero lo cierto es que la fama de ignorancia y rudeza de

---

3 Los Pbro. Nicanor Rivero, Miguel Antonio Espinosa y Juan Bautista Castro fueron los fundadores del periódico *La Religión* en 1890, juntamente con el Pbro. Antonio Ramón Silva.

nuestro clero ante la gente de ciertas luces y finura es harto justificada. La mayor parte de los mismos que han presumido de campeones de la Iglesia calzaban muy pocos puntos en materia de saber, y las más de las veces fueron fuegos fatuos y una suerte de tribunos de puro carácter humano, sin el quid maravilloso de la inspiración apostólica. I, en cuanto a la excelencia superior de las virtudes; qué mediocridad tan insignificante, cuando no que lastimosa relajación! La verdad es que no hemos contemplado casi nunca sino una clerecía mercenaria, ocupada en los menesteres corrientes del culto y tratando de sacar de este servicio, a veces en formas bien brutales, los recursos necesarios para una sórdida subsistencia. Bastante lugar ha dado esto para hablillas y descréditos, y mucha parte les ha cabido en ello a los clérigos seculares extranjeros que han venido rodando hasta aquí al señuelo de la vil ganancia.

Salí del Seminario donde ya se pronunciaba una fatal decadencia por la renuncia de su Rector, el Dr. Castro, a causa de la insipiente del Arzobispo Uzcátegui —abrigando la aspiración de algún día volver a él para dedicarme a la obra de la educación del clero. Diez años después —cuando ya el desbarajuste era completo y se habían perdido miserablemente recursos y anulado o deformado bellas aptitudes, tratándose además de rehacer las filas de la sagrada milicia con una cálifa estrafalaria de clérigos de pacotilla— pude realizar este sueño. Ejercía ya la autoridad eclesiástica el Dr. Castro como Vicario General, estando del todo inutilizado el Arzobispo Uzcátegui por la anemia cerebral<sup>4</sup>, y se ocupaba primordialmente el gran apóstol en la restauración de la educación del clero, uno de los más nobles ideales de su vida. Durante tres lustros fui su auxiliar incansable en esa labor, como su sustituto en el Rectorado y como Rector titular, en medio de estrecheces económicas, expuesto al continuo choque de la ruin mentalidad ambiente, llevando encima casi toda la carga de la enseñanza y toda la dirección espiritual, manteniendo el pleno rigor de una alta disciplina, y arrostrando la tenaz hostilidad y malevolencia de la clerigalla, que sobre mí hacía recaer duplicada la inquina irreductible que a Monseñor Castro, por su admirable rectitud como hombre de Dios, profesaba. Pero los frutos no fueron exigüos, a pesar de que fuera preciso tener algunas condescendencias con la incomprensión o la perversidad del medio, y, gracias a Dios, una de las

---

4 Monseñor Uzcátegui (1854-1904) fue afectado por un derrame cerebral en 1900 y estuvo incapacitado en atender sus funciones episcopales hasta su muerte en 1904.

más bellas etapas de mi vida la constituye esa labor formativa del clero patrio al frente del Seminario Metropolitano de Caracas.

Tuve siempre la clara visión de que el hombre llamado por Dios para el arzobispado de Caracas era el Dr. Juan Bautista Castro, y ni un momento vacilé en esa convicción, ni un solo instante dejé de estar a su lado arrojando la perpetua odiosidad de Mons. Uzcátegui, a quien azuzaba la gavilla de clérigos de baja estofa que medraban a la sombra de sus pasiones y de su estolidez. La última etapa de aquella brutal oposición fue el ruidoso conflicto capitular de diciembre de 1900, en que todas las fechorías se cometieron por aquellos indignos eclesiásticos para estorbarle el ejercicio de su jurisdicción al hombre cuya superioridad y dotes de gobierno tanto les amedrentaban<sup>5</sup>. Por fin llegó él a aquella merecida cumbre y, aunque ya agobiado por las luchas y hartó maltrecho su organismo, se dedicó con ardor de apóstol a la obra restauradora que siempre tuvo en mira. La Conferencia Episcopal con la *Instrucción Pastoral*<sup>6</sup> que fue su resultado, el Seminario como ya dije arriba, la Catequesis, el ahínco por la santificación del clero, la palabra encendida, hablada y escrita, en pro de los intereses de Dios, las maravillosas manifestaciones públicas de fe y de piedad por él iniciadas y llevadas a cabo, manteniendo de continuo sacudida la vitalidad religiosa de la nación, haciendo servir en ello aun a los elementos más reacios, son algunos de los grandes trofeos de su inmortal pontificado. En todo su curso le estuve también al lado y nada es para mí tan honroso como la participación que me cupo en la obra episcopal de Monseñor Castro, sin haber tenido, sin embargo, cargo de mando en su gobierno. Lo único de lamentarse es la implacable guerra con que los desalmados del clero no cesaron de molestarle, y el haber tenido, por consiguiente, que malgastar la mayor parte de tan preciosas energías en arrostrar las contingencias de tamañas infamias. Pero, de todos modos, aquel fue un pontificado modelo para las necesidades de esta Iglesia, e indiscutiblemente la actuación de

5 Al prolongarse la enfermedad de Monseñor Uzcátegui, y frente a la incapacidad mental del Prelado, el Cabildo pensó que podría nombrar un Vicario-Coadjutor, y que por ende, el Vicario General, Monseñor Castro, cesaba en sus funciones. Monseñor Castro, bien fundamentado en el Derecho Canónico, defendió sus derechos con Carta Pastoral, cables, correspondencia a Roma y, especialmente, con su palabra e integridad de vida. El Papa León XIII, resolvió el conflicto con una carta del 21 de enero de 1902 dando la razón a Monseñor Castro. El 28 de octubre de 1903 el Papa Pío X le nombró como Coadjutor de Caracas, con derecho a sucesión.

6 Fue en 1904.

Monseñor Castro hubiérase dicho como la aurora del gran día, por tanto tiempo esperado, de ineclipsable brillo en su historia. No fue, sin embargo, sino un fugaz meteoro, y después de su fulgurante paso esa Iglesia volvió a sumergirse en el túnel interminable en cuya densa oscuridad todas las esperanzas y planes han sufrido el más aturdidor fracaso.

La muerte de Monseñor Castro (ocurrída el 7 de agosto de 1915) trajo, en efecto, con la desacertada elección de su sucesor, el total derrumbamiento de su obra<sup>7</sup>. Tres factores contribuyeron a semejante desgracia: 1º los manejos reaccionarios de la pandilla capitular, asesorada por otras malas fichas del clero, en el afán de desbaratar el orden de gobierno eclesiástico que los había acorralado e impedir que esa estupenda labor continuara (formaron la plana mayor de esa abominable campaña los Manuel Felipe Matute, Régulo Fránquiz, Luis Avelino Piña, Buenaventura A. Núñez, Francisco Guevara, Rafael Peñalver J., nombre de memoria por siempre execrable para esta Iglesia, a quienes acompañaron como comparsa una cáfila de otros facinerosos y cretinos que eran también la ignominia e irrisión de nuestro clero); 2º las egoístas miras políticas, que supieron aprovecharse de aquel río revuelto para imponer un candidato que les pareció de perlas en favor de sus propósitos absolutistas de causa; siendo el espíritu maquiavélico del caso el famoso Dr. Ezequiel A. Vivas, omnipotente Secretario General del Gral. Juan Vicente Gómez<sup>8</sup>; 3º la inepticia y descabellamiento del Delegado Apostólico Monseñor Carlos Pietropaoli<sup>9</sup>, quien se dejó enredar por las truhanerías de la pandilla reaccionaria y rendir por los antojos del Poder, y apelando al recurso tan infeliz como diplomáticamente socorrido, de los términos medios, quien sabe con qué fines personales, sin mirar para nada a la suerte de la Iglesia, aceptó una solución que tanto desconcierto habría de proporcionar a la divina Institución en nuestro país.

Porque el hado adverso de esta Iglesia ha sido tan cruel que ninguna ventaja le reportó la introducción de tal personaje en el manejo de sus destinos. Si hubiera él poseído, en efecto, alguna capacidad para el cargo, alguna inteligencia de las verdaderas necesidades de la Iglesia, alguna visión del partido que hubiera podido sacar para su brillo de la posición excepcional en que se le colocaba, sin envilecer la sagrada investidura, por

---

7 Se refiere a Monseñor Rincón González, arzobispo de Caracas de 1916 a 1940.

8 Ezequiel A. Vivas (1860-1919). Fue Secretario General de Gobierno de 1913 a 1918.

9 Desde 1913 a 1917.

bien servidos nos hubiéramos dado y, a pesar de todas sus buenas relaciones con el Monstruo, no solo se habría quedado ella incólume sino que se habría hallado en el momento oportuno a la cabeza del movimiento de dignificación de la patria. Pero el sujeto era del todo inservible para tamaña empresa, y tal vez los mismos políticos que lo escogieron, guiados apenas por el sentido simplista de una apreciación vulgar acerca de los méritos del sacerdote, creyeron de buena fe en su idoneidad –siquiera en el grado absolutamente imprescindible– para el oficio. Desgraciadamente, repito, el hombre carecía de toda competencia y preparación y, fuera de una bondadosidad rayana en simpleza que más bien hubo a la larga de perjudicarlo en su actuación, y de su apacibilidad e inconsistencia en los procederes que quiso ponderarse como la más fina flor de la discreción y prudencia, pero que en realidad no era sino la muestra más patente de su escasez de sindéresis y de su carencia de propia personalidad para el gobierno, ninguna otra prenda de carácter o de espíritu le asistía con que poderse desempeñar en tan elevadas funciones. Por eso resultó un verdadero estafermo, primero atendido a las direcciones de su patrocinante Monseñor Silva<sup>10</sup>, de Mérida, después bajo la férula de los Nuncios aun para las cosas más elementales del ministerio pastoral, y por último sujeto a todos los soplos de la perversidad y envidia clerical para escurrir el bulto a toda alta sugestión y hacer imposible todo despliegue de trascendentales esfuerzos. Ello sin contar su absoluta devoción al servicio del Gral. Gómez, de quien le venía todo el apoyo, bajo cuyo temor era preciso reprimir aun la más leve manifestación de protesta, y al amparo de cuyo sistema cometía disparates administrativos ante los cuales las prescripciones canónicas, las formalidades curiales y hasta el propio buen sentido no tuvieron más remedio sino el de hacerse la vista gorda. Ese favor en el ánimo de Tirano no supo utilizarlo, sin embargo, a causa de su radical inferioridad de espíritu, sino para obtener abundantes recursos pecuniarios con destino a la construcción del Seminario y a otros fines (con bastante desatino a veces en los gastos) y para servir de órgano o de mandadero a los Nuncios ante el Jefe, en vista de tales o cuales asuntos del interés de su augusta Representación. Sin talentos, pues, de ningún género, sin aptitud para una iniciativa cualquiera, sin cultura literaria ni erudición de clase alguna, siendo incapaz para redactar, concebir ni enterarse a fondo de una cuestión,

---

10 Arzobispo de Mérida de 1895 a 1927.

de suerte que de las mismas pastorales que habían de publicarse bajo la responsabilidad de su nombre no se daba una cuenta exacta; sin interés el más mínimo por ninguno de los grandes problemas que en el mundo entero o en el propio seno del país afectaban a la Iglesia o al Catolicismo; negado a toda lectura, ya fuera sobre asuntos candentes ya sobre materias de índole eclesiástica, así fuesen los más resonantes documentos emanados de la Santa Sede; con una apatía mental que frisaba en la inconsciencia y una carencia de entusiasmo y de ahínco para todo que tal vez acusara una verdadera falla de cerebro (sospecha que se afirma con la observación de la parentela); sin firmeza en las resoluciones (las cuales, por lo demás, nunca expresaba de modo preciso, sino en forma ambigua) por donde en los casos de más aparente seguridad podía contarse con una vuelta sobre sus pasos (señal de poquedad y desconfianza en su propio criterio, so capa de mejor consideración o de temporización con el ajeno deseo): en tales condiciones, toda su actividad consistió en menudos manejos de sacristía, atendiendo a las impertinencias de la clerigalla y a las majaderías religiosas del uno y del otro sexo, casi en un ejercicio mecánico de concesiones de permisos, o sujetándose al sentir ajeno (con frecuencia el menos acertado) para el esclarecimiento de las cuestiones, por no tener él nunca ni la noticia del asunto ni la fuerza mental para penetrarlo; de donde toda la ciencia que de ellos adquiría era superficial y vaga, siéndole penoso y aun imposible todo detenimiento en oír explicaciones, no se diga en el estudio personal de cualquier materia. Agréguese a lo dicho una carencia absoluta de don de palabra, una frialdad desesperante en su actitud en público, una falta completa de compenetración con la alteza de su dignidad que le producía un encogimiento invencible haciéndole buscar siempre los sitios de menor relieve, y le impidió dar a su residencia, a sus Oficinas y a sus mismas prácticas de cortesía –por un mal entendido de humildad y un concepto absurdo del fácil acceso debido a todos– ni siquiera el más obligado realce. Dijérase que prevalecía en él la perenne obsesión de su insuficiencia para el destino a que un capricho de las circunstancias lo encumbrara. Así constante su inaudita negligencia respecto del Palacio Arzobispal, donde diríase vivió siempre como bajo una tienda con un abandono indecible, convertido casi en una bodega, para asombro y pena de cuantos allí acudían.

De todo lo antedicho resultó para ese pontificado una ausencia total de fisonomía y de personalidad, que obligó a sus mismos servidores a



estar sacando de continuo a relucir las obras y enseñanzas de Monseñor Castro –sin que el interesado se diera cuenta de la desairada posición en que se le colocaba; y que dio lugar también a la ingerencia tan plena de los Nuncios, especialmente de Monseñor Cento, en los asuntos del privativo resorte episcopal– sin que ello tuviera, sin embargo, la pretendida eficacia, por causa de la irregularidad del procedimiento y de la esquividad o renuencia más o menos hostil del clero, escudada por la incompreensión y menosprecio de tales cosas de parte del Prelado, de quien por su actitud de inercia sabían que ninguna reprimenda, cuando no alguna aprobación, siquiera tácita, habían de merecer. Tal es, por ejemplo, la razón del fracaso de Monseñor Cento en su empeño de llevar adelante la obra de la Acción Católica, sacándola de los límites de su primera fundación del “Centro Nacional de Damas Católicas”.

El público no se engañó jamás: desde el principio caló la incompetencia del sujeto y repugnó en silencio la arbitrariedad que impusiera tal oprobio a nuestra Iglesia, aun cuando solo podía apreciar las cosas más aparentes o de puro carácter secundario. Así hubo de censurarle con acerbidad el prurito de estar en continuas operaciones de negocios (resabio de su primera profesión de comerciante poco feliz) operaciones que casi siempre le resultaron disparatadas y ruinosas y no sirvieron sino para crearle una reputación harto desfavorable, aunque en parte a los menos injusta, de hombre codicioso, pues algunas de ellas –si bien dignas de censura por lo mal aconsejadas– si inspiraron en el buen deseo de servir a la causa de la Iglesia. Porque uno de los infortunios de este personaje fue el de su alucinación por individuos que, a fuer de íntegros católicos y con pujos de apostolado –pero de hecho visionarios, fracasados en la lucha por la vida o de veras mentecatos, cuando no alguno que otro legítimo caballero de industria o explotador mal acreditado de las exigencias de la causa religiosa– le enzarzaron en empresas locas que no hicieron sino difamarlo y ocasionarle cuantiosas pérdidas pecuniarias. Así ocurrió particularmente con motivo de la prensa católica, en que, con la pretensión de darle una amplitud y desarrollo en desacuerdo con los requerimientos y posibilidades de nuestro medio, se han despilfarrado caudales y energías sin que maldito sea el éxito logrado. Por cierto que en uno de los más descabellados de esos empeños parece que puso mucho interés el P. Joaquín de Hita, S.J., sin querer parar mientes en aquella nuestra inadaptación social a tamañas estiradas, por

falta de elementos de toda especie: terquedad de la cual nadie apea a los extranjeros que vienen a *cultivarnos*, entre ellos los Nuncios. En materia de prensa religiosa, Monseñor Pellín ha batido el *récord* de los desatinos y temeridades. Cuanto a la limpieza de miras y rectitud de conciencia del Arzobispo Rincón González respecto de su intención en las consabidas operaciones, tocante al sentido de lucro personal que lo moviera, quien esto escribe tiene motivos para atestiguar que en ese punto es inatacable, pues antes bien padecía de una cierta inquietud por el temor de haberle causado algún perjuicio a la Iglesia, a pesar de haber gastado en servicios de la misma la mayor parte de sus ingresos personales. La verdad es que el pobre señor sólo fue, en sus manejos de administración de los bienes eclesiásticos, víctima de su simplicidad de criterio, de su debilidad ante la embestida de las circunstancias y de su poco discernimiento para echarse a costas la responsabilidad de gravosísimos ajenos compromisos. Quizás el deseo de favorecer sobrinos u otras personas de su predilección le hizo, sin embargo, daño. En mis cuadernos de *Efemérides* pueden hallarse más datos sobre el particular. Aquí se complace el autor de este documento en rendir ese testimonio de justicia, como muestra de que no está escribiendo una diatriba ni forjando un ataque virulento contra el personaje en referencia, sino tan sólo haciendo la descripción objetiva, con todos sus pelos y señales, pero sin ningún sentimiento de odio personal, de sus condiciones de espíritu y carácter, con el único objeto de deplorar la suerte de que la Iglesia cayera en manos tan poco aptas, y evitar en lo posible que semejante desgracia vuelva a sucederle.

Otra grave inculpación que el público hacía recaer sobre el Prelado era su apego sin reservas a la persona y causa del Gral. Juan Vicente Gómez, hasta el punto de que todo parecía estar dispuesto a sacrificarlo en homenaje y acatamiento a aquel dispensador supremo para él de todos los beneficios. La verdad es que su decisión por el Jefe y su confianza en él eran absolutas. Esto lo mantenía en un interés perenne por las cosas de la política (lo único que lograba galvanizarlo) y vivir en perpetuas relaciones con los sujetos más o menos caracterizados del andinismo imperante, quienes le proporcionaban noticias, recababan su influencia, explotaban su candidez y acrecentaban así cada vez más la animosidad de la gente en contra suya. El alboroto que se produjo en torno de su persona al desaparecer Gómez no fue sino el estallido de aquella ojeriza por veinte años reprimida: una

chispa bastó para desencadenar el fuego, y allí solo hubo una expresión de la vindicta pública por la vergüenza a que la Iglesia estuviera reducida, no un desahogo de inquina contra la Iglesia misma, como Monseñor Pellín en *La Religión* se empecinara puerilmente en interpretarlo.<sup>11</sup>

Es preciso hacer mención de los inadecuados sujetos de quienes se rodeó (o de quienes le hicieron rodearse) el Prelado en cuestión, como personal de su Curia. El pobre Esculpi (Reinaldo Sulpicio) como Secretario, dotado de buen espíritu eclesiástico y solo provisto de una gran memoria para predicar de prestado –aunque con cierta unción no exenta de gazmoñería– pero de una incompetencia supina para el cargo, lleno de necesidad y de unos amaneramientos ridículos que siempre habían sido objeto de mofa, de un descuido repugnante en el trato de su persona y que en el manejo de la administración parroquial había sido tan negligente que mal podía servir para exigir el orden en tal sentido: en efecto, su Despacho secretarial fue lo más abandonado e indecente que darse pueda. Por fin fue a parar a una casa de orates y por más de tres años el Arzobispo, incapaz de adoptar una medida categórica, ha mantenido el oficio en suspenso, hasta que recientemente ha comenzado a valerse para algo del Pbro. Pedro Isaías Núñez, actual Arcediano (individuo hartamente mediocre y sobre todo muy poco digno de confianza por su entera sujeción a la voluntad del perverso P. Peñalver) pero sin darle formal nombramiento. El P. Ornés Mota (Jesús María) como Notario y especie de factotum, hombre de mentalidad hartamente escasa, con antecedentes no muy limpios, y que, llamado con propio

---

11 Poco después de la muerte de Gómez se publicaron en la prensa diversas cartas de Mons. Rincón dirigidas a Gómez que expresaban la sumisión del arzobispo al General y el deseo de no crear un clima hostil. El arzobispo procuraba contentarlo en todos los asuntos eclesiásticos. Estas cartas fueron encontradas en las casas saqueadas de los amigos de Gómez y dieron pie para que fuese ridiculizado y caricaturizado el arzobispo.

Hemos de lamentar que la gran mayoría de las cartas de Mons. Rincón en el Archivo de Miraflores hayan desaparecido. Cuando la prensa publicó aquellas cartas del Arzobispo, el Presidente López Contreras encomendó a un paisano suyo, el P. Delfín Moncada, -párroco entonces de Chacao- para que examinara el Archivo del extinto mandatario en Maracay, y si allí encontraba alguna correspondencia del Arzobispo que se prestara para ser utilizada en su contra la destruyera. Este sacerdote, con poca visión histórica, no sabiendo interpretar el pensamiento de López Contreras y pensando que por el sólo hecho de ser dirigidas a Gómez ofrecían motivo para el ataque de la prensa contra Rincón González, destruyó muchas cartas que nos habrían podido dar una visión más completa de la realidad eclesial de entonces y de sus relaciones con el dictador. Cfr. QUINTERO, Humberto José. 1988. El arzobispo Felipe Rincón González. Caracas: Ed. Trípode, pp.33-39.

asombro a ese oficio, llegó a darse humos de verdadera capacidad. Los Vicarios Generales -Granadillo que, con algunas luces, blasonó de mucho mayores prendas; Arocha que, más modesto, carecía de cierta gravedad y energía; Pacheco que, con bastante buen sentido, era tenido en poco y apocábase todavía más por sus desmedradísimas condiciones fisiológicas-tuvieron todos que adaptarse a la connatural apatía del Superior, que ni hacía mucho ni dejaba hacer, y por fin declararse en plena y triste derrota. Ni debe omitirse el nombre del P. Piñango (Francisco Antonio) Cura de Catedral, impuesto parece que por Esculpi como confesor al Prelado y a quien se tuvo por íntimo consejero de S.E. y aun él mismo se vanagloriaba de tal: hombre nulo intelectualmente, pero con grandes pretensiones de cordura y espiritualidad, de genio irascible y ásperas maneras, amparador de pillastres que lo halagaban haciéndole regodearse en su "importancia", de un retardatarismo pavoroso que lo hizo ir abandonando más y más las altas actividades, y aun las menos prescindibles, de su cargo, hasta reducir la parroquia a un erial, sin que pudiera contarse con él para ninguna cooperación en el sentido religioso o de defensa de la causa católica. Por esa muestra pueden apreciarse los quilates de la discreción del Prelado que escogiera para director de su conciencia a semejante sujeto, exhibiéndolo así como un tipo de ejemplaridad a las miradas de su clero. Ni tampoco es posible olvidar la figura estafalaria del P. Tomás García, correveidile perpetuo de nuestro personaje, cuya reputación muy bien adquirida de negociante usuario y su continuo estar metido en las cosas del Arzobispo confirmaron más en el público la opinión de codicia contra éste.

Gozaron también de gran ascendiente en el ánimo de S.E.: El P. Tenreiro (Pedro Pablo)<sup>12</sup> mozo a mi entender poco sincero y sobremanera presuntuoso, que tal vez, sin embargo, se hubiera podido mantener a plomo bajo un Superior de fuste, pero que hizo su agosto con la escasez de facultades de R.G.<sup>13</sup> A este sujeto, empero, escogió al fin Mons. Cento, después de haberlo tenido muchas veces en entredicho como hombre que no brindara garantía a la Santa Sede, para calarle una mitra, no escarmentado con las duras experiencias por él mismo sufridas. I Mons. Jesús M<sup>a</sup>. Pellín<sup>14</sup>, joven de excelentes prendas, de verdadero espíritu apostólico, abnegado hasta

---

12 Consagrado obispo en 1939, fue el primer obispo de Guanare (1954-1965).

13 Son las siglas de Monseñor Rincón González.

14 Ordenado sacerdote en 1918 fue periodista, director de "La Religión" y famoso orador sagrado. Obispo en 1965, murió en 1969.

el exceso, pero asaz iluso y falto de equilibrio, sin la madurez suficiente para dirigir, antes bien necesitando él mismo un moderador. Por último, este Ángel de la Iglesia de Caracas no tuvo su mayor gusto sino con los elementos menos recomendables de su clero y habiendo sido un Párroco de actuación harto lánguida, ni sabía de los empujes del celo por las almas, ni era capaz de encauzar por esos rumbos o encender con el aplauso y estímulo los alientos de sus subordinados.

Durante este pontificado la gran acción en pro de la piedad de los fieles, así como las obras de cultura, enseñanza o beneficencia, surgieron o se sostuvieron casi todas merced al esfuerzo de los Institutos Religiosos ya existentes al advenimiento del Arzobispo en referencia, o que durante su época penetraron en el país: pero conste que la entrada de ninguno de esos se debió a la propia iniciativa del Prelado —quien solo fue, como ya se ha dicho, órgano automático para obtener la aunencia de Gomez, sino a las gestiones y tenacidad de los Nuncios. Es un servicio que jamás será bien reconocido a la Representación Pontificia en Venezuela, pues si en un momento dado desaparecieran de aquí esos Institutos ( a los cuales particularmente se designa con el nombre de “clero extranjero”) sería espantoso, no ya el descalabro sino el derrumbamiento del servicio espiritual en el país. Baste, para confirmar este juicio, el recordar que la propaganda de enseñanzas católicas por Radio —ya sea en sentido apologético ya en sentido de exposición dominical del Evangelio— no ha podido sostenerse sino apelando por modo casi exclusivo a esos Religiosos “extranjeros”, porque el clero secular criollo carece de personal y de cultura suficiente para tamaña proeza.

Hay que decir una palabra acerca del clero nuevo. Los inauditos esfuerzos, los enormes gastos y exagerados alardes que se han hecho en todo este tiempo en torno a la formación de ese clero, han resultado casi infructuosos, por la falta de inteligencia y de influjo personal del Arzobispo en particular. En mis Memorias a la Sagr. Congr. de Seminarios y Universidades como Visitador Apostólico de todos los Seminarios de Venezuela, cuyos duplicados conservo en mi archivo, se exponen detenidamente los motivos de esa infecundidad. I mientras escribo estas líneas estoy bajo la ingratisima impresión de sucesos bien escandalosos que me patentizan una vez más con cuanta facilidad esos flamantes renuevos de nuestro sacerdocio se lanzan por las sendas de la perdición. No debe

omitirse aquí tampoco que los jóvenes enviados a Roma para alcanzar una formación sacerdotal superior, han dejado y están dejando mucho que desear. Varias razones podrían alegarse para explicarlo: entre ellas, el poco acierto en escoger los candidatos por el terco empeño de los Nuncios en imponer de modo incesante esos envíos, las deficiencias que algunos creen hallar en el régimen del Colegio Pío Latino-Americano, y sobre todo la falta de personalidad en los Obispos para hacerles sentir una verdadera superioridad, imprimirles una dirección sabia y firme e impedirles toda actitud presuntuosa que malogre tan buenos frutos que podían reportarle de su mayor cultura.

En mis libretas de *Efemérides* y otros papeles de mi archivo constan montones los hechos y circunstancias que abonan el juicio, por muy agrio que parezca, contenido en este escrito.<sup>15</sup>

¿Cuál ha sido mi conducta durante esta nueva oprobiosa etapa para la Iglesia de Venezuela?

Aunque bien persuadido de la enorme calamidad que significaba la exaltación de semejante individuo a esta cátedra metropolitana, quise, sin embargo, engañarme y, ofreciendo a Dios toda clase de sacrificios y desde luego el de mi absoluta anulación personal, con tal que de ello resultase el gran prestigio de la Iglesia de Venezuela que era todo mi anhelo, me sometí sin ninguna clase de respingo exterior a la fatalidad del hecho consumado y aun hice cuanto estuvo a mi alcance para predisponerle a que utilizara mis servicios sin temor de que no le fuera óbice en el desarrollo de sus labores. Pero, comprendiendo a poco que era inútil todo conato en el particular, me retraje por completo, reduciéndome al solo cumplimiento de mi oficio capitular y al atareo de mis estudios y producciones consiguientes. A

---

15 De vez en cuando Navarro hace referencia a unas libritos manuscritos llamados "Efemérides". Estas son 36 libretas en las que fue anotando por décadas diversos hechos y noticias. Navarro dispuso en su testamento que se guardasen en la Nunciatura. El cardenal Quintero tuvo acceso directo a ellas y sacó datos para su libro sobre Monseñor Rincón González. (QUINTERO, José Humberto. 1988. *El Arzobispo Felipe Rincón González. Apuntes sobre su Pontificado*. Caracas: Ediciones Trípode, pp. 247 ss.). Así anota Navarro en su testamento el destino de las libretas: "No entra en este legado mi Archivo privado, que contiene notas diarias, memoriales y escritos referentes a asuntos internos de la Iglesia Venezolana, especialmente a la Arquidiócesis de Caracas. Es mi voluntad que esta parte del Archivo se guarde y custodie con sumo cuidado en el Palacio de la Nunciatura, como legado a la Santa Sede". Estas libretas actualmente se encuentran en los archivos del Vaticano, en Roma. Sería interesante el estudio y la investigación de estas libretas para aclarar algunos puntos de la historia eclesial contemporánea.

la abulia congénita del Arzobispo se juntó en mi contra la malquerencia despierta siempre de toda la clerecía que le rodeó –los unos por verdaderas pero quizás respetables discrepancias de criterio, los otros por miedo de perder la inesperada posición de relieve que el azar les proporcionara, éstos por acomodarse al molde de las nuevas circunstancias, aquellos por puro espíritu de perversidad y sobre todo por el pavor que les infundía la sola idea que yo pudiese en alguna forma llegar a ponerles las peras a cuarto. ¿Participó positivamente el Arzobispo en esa animadversión contra mí? No logré nunca verificarlo de lleno, aunque algunas veces sus actos a mi respecto fueron harto odiosos; pero, por otra parte, siempre declaró a mis espaldas que reconocía y apreciaba altamente mis cualidades y persona. I la verdad es que a mí me trató en todo tiempo con gran respeto y extremada cortesía, casi como a un Superior. ¿Hubo en el fondo algún óbice por parte del Gobierno, que le impidiera servirse de mi colaboración en el desempeño de su cargo? No sería inverosímil, y así se explicaría mejor que por cualquier otra influencia, aun la de Monseñor Silva, su desusada pertinaz resistencia a nombrarme Vicario General: porque una de las cosas que más me honran es la suspicacia con que los Gobiernos de ordinario me miraron, considerándome un ultramontano de marca mayor, y además fue muy cruda la guerra que la pandilla de marras me hizo ante Gómez (que no se apeaba fácilmente de la primera impresión recibida) cuando sus infames enredos de la vacante arzobispal. Esta misma prevención contra mí, de parte de los políticos y del clero pervertido (de quien llegué a temer que llegara hasta “matarme”) fue lo que retrajo a Mons. Castro en su oportunidad de nombrarme su Vicario General y Provisor. Mas eran entonces muy otras las circunstancias. Gómez, por su parte, desde los comienzos de su mando me cometió una mayúscula grosería, tal vez a instigación de alguno de la cáfila, y la cual ofrecía también a Dios como un sacrificio por el bien de esta Iglesia. He nombrado a Monseñor Silva (Antonio Ramón, Obispo y después Arzobispo de Mérida) porque éste –a pesar de los nexos de amistad y compañerismo de causa que siempre habíamos cordialmente sostenido– parece que por influencias pérfidas y quizás temeroso de perder su absoluto dominio en el ánimo de R.G. (la agudeza clerical le apellidó “el abuelo” de la Arquidiócesis de Caracas) se declaró totalmente adverso a mi nombramiento. Así me cobró la frialdad de que me acusara ante la elección de su predilecto y mostró una vez más

su falta de tino en cuanto a sus favoritismos, que hartó lo desautorizaron; ya que había continuado creyendo ciegamente en la competencia de R. G. después del fracaso y vergüenza que le hizo sufrir ante la Santa Sede con motivo de la Diócesis del Zulia. Ni supo tener en cuenta Monseñor Silva la gran muestra de estima que le había yo dado (y de la cual le enteré en seguida) con recomendarle a Monseñor Aversa como sucesor de Monseñor Castro, en momento de mucha gravedad de este Prelado: cosa de la cual se acordaron después en Roma, habiendo fracasado el plan por la situación de malas en que se había puesto Monseñor Silva con el Gobierno.

No tuve, pues, más remedio sino acogerme a un aislamiento absoluto y encerrarme en un severísimo silencio, no siéndome posible compartir con nadie ni mis impresiones ni mis dictámenes ni mis amarguras; porque si bien los unos clérigos, aun cuando les juzgara amigos, no tenían la altura de espíritu suficiente para recibir la magnitud de aquella desgracia, o bien los otros no merecían la confianza para tales desahogos, sino antes bien constituían seguros vehículos de mayor animosidad contra mí (ya que, aun sin proferir yo palabra y sólo suponiéndose las que pudiera emitir, alguna vez se pretendió levantarme un andamio de chismografía) y en todo caso el recelo de que se diera una torcida interpretación a mis conceptos y se les hallara reñidos con el sentido gregario de la disciplina, me cohibía muy justamente para exteriorizarlos. Ese “sentido gregario de la disciplina” es indudablemente muy útil para refrenar los ímpetus de rebeldía y nada más razonable y ventajoso que la educación ascética que nos induce a sujetarnos, aguantar y acatar al Superior, aun cuando lo hallemos de “recta condición” y deficiente de aptitudes; pero no parece que esta doctrina deba llevarse hasta el extremo de practicarla respecto de un Superior, no ya insuficiente, sino evidentemente incapaz y por ende pernicioso, y mucho menos cuando de esa supina incapacidad se sirven los malintencionados para sus villanos manejos. Se entente esta reflexión, no en el sentido de que sea entonces lícito violar las normas externas de la disciplina, sino en el de que lo sea dolerse de tamaña calamidad entre quienes lo sepan apreciar sobrenaturalmente, y procurar ante quien convenga y por los medios legítimos y se remedie de ellas. I si se trataba de seglares, o los unos no veían más allá de sus narices en materia de las altas exigencias para el prestigio de la Iglesia, o el terror de lo sagrado les ponía punto en boca para no incurrir en sacrilegio o eran hombres de libres ideas que, aun apreciando las cosas en su material



realidad, no las veían con ojos de orden sobrenatural y era preciso, por tanto, más bien sacarles el cuerpo y no dar ansia a sus comentarios. Por lo demás, la gran masa indocta del pueblo no podía interesarse en tales asuntos, ni siquiera abrigar en su sencillez la menor sospecha de que ello anduviera mal, y contenta con satisfacer sus pequeñas prácticas de carácter religioso, todo afán era absorbido por las necesidades temporales, con absoluta indiferencia, fuera de los casos de menuda chismografía, acerca de las cuestiones de la Iglesia. ¿Cómo arreglárselas de otro modo? No había ni siquiera el recurso de lamentarse de las desgracias de esta Iglesia, como en los tiempos de Monseñor Uzcátegui, porque se había creado el engaño de que esto marchaba a las mil maravillas, los fieles vivían muy pagados de sus fiestas y de su reverencia al “manso Pastor”, y la sombra protectora del Monstruo se tendía sobre el Palacio Arzobispal impidiendo que nadie se atreviese a tocarle un pelo a su infausta hechura.

Dos recursos solamente me quedaron en tamaño trance, y de ellos me serví hasta agotarlos: el primero fue el de una oración intensísima, sin intermisión, casi exclusiva y obsesionante, sobre todo en el Santo Sacrificio de la Misa, pidiéndole a Dios el remedio de las necesidades de esta Iglesia y de esta Patria, e interponiendo la mediación de las grandes almas que se interesaron por ellas, especialmente Mons. Castro, Mons. Aversa, el Cardenal Vives y Tutó y el Papa Pío X. Ni falté un solo día, fiel a un consejo de Monseñor Castro de dirigir una súplica, al concluir mi acción de gracias, a Santiago y a Santa Ana, Patrón de la Ciudad y Arquidióceis y Titular de la Catedral, respectivamente, para que se interesaran en favor de la Iglesia y Templo (especialmente en cuanto al personal del Cabildo) por estar bajo su amparo. Y el segundo fue el perenne reclamo a la Santa Sede, particularmente en la persona de sus Representantes en Caracas, para que se interesara cual correspondía al honor de la divina Institución y al deber de pastoreo universal del Romano Pontífice, en redimirnos de semejante ignominia. Todos esos Nuncios se manifestaron siempre muy penetrados de la realidad de las cosas y dispuestos a proceder en el momento oportuno con la diligencia y la energía debida. La Nunciatura no estuvo, en efecto, jamás engañada respecto del valor del personaje, ni se retrajo nunca de dejar traslucir el desprecio que le merecía, ni le escatimó en ningún tiempo las duras reprimendas. Marchetti-Selvaggiani y su Secretario Bartoloni, Cortesi y sus Auditores Levame y Silvani, Cento y

su Auditor y Consejero De Sanctis, todos se hicieron cruces frente a semejante remedo de Arzobispo (con el cual solo podría competir en nuestra Historia Eclesiástica aquel Monseñor Francisco Marvés que fue el primer Obispo del Zulia<sup>16</sup>) y debieron enterar a Roma del enorme disparate cometido y la necesidad de subsanarlo de raíz. Mons. De Sanctis llegó una vez a decirme que en Roma “hasta las columnas” estaban al corriente de tan absurdo orden de cosas.

No fue, sin embargo, egoísta ni ocioso mi aislamiento. La Nunciatura Apostólica me tuvo de servidor perpetuo y decidido colaborador en todos sus trabajos de apostolado o de cultura en pro de esta Iglesia; y Mons Marchetti-Selvaggiani en la fábrica del Seminario, y Mons. Cortesi en la Conferencia Episcopal del año de 1923 y en la adquisición de la casa para la Nunciatura y en su idea del Congreso Eucarístico; y Mons. Cento en las dos otras Conferencias Episcopales de 1928 y 1934, con sus grandes resultados de la *Instrucción Pastoral* y del *Catecismo del Episcopado*, en sus empeños de *Acción Católica* y en los otros mil asuntos con que entretuvo los diez años de su actuación, pueden dar testimonio de la manera como utilizaron mi amor de esta Iglesia para el buen éxito de sus afanes. Por lo demás, los hechos y documentos de tan largo período está ahí para proclamarlo a voz en cuello por todo el porvenir. Cuanto a la *Acción Católica*, conste que lo que se hizo particularmente dentro del radio del “Centro Nacional de Damas Católicas” –fue lo único posible de hacer, pues el inconveniente de faltar en ello la inteligencia del asunto y el interés del Arzobispo y, por consiguiente, el estar así bien amparada la actitud negativa, desdeñosa y hostil del clero, en especial de los Curas, era obstáculo insuperable al desarrollo de la Obra, por más que Mons. Cento se empecinase en verlo de otro modo. En toda esa multiplicidad de servicios traté con el mayor cuidado de mantenerme en un plano de penumbra, no poniendo de mi parte nada por destacarme, no exigiendo ninguna clase de cargos, soportando como si tal cosa las incomprendiones, mirando siempre con absoluto desprecio las follonerías de mis adversarios, devorando a solas la indignación que el desairado papel del Arzobispo en toda circunstancia me causaba, teniendo que hacer la vista gorda o aparentar placidez de ánimo ante las más chocantes irregularidades, evitando el hallarme en medio de tertulias o reuniones clericales para que no se me atribuyesen

---

16 De 1897 a 1904.

miras de ningún linaje, y hasta casi renunciando al uso de mis privilegios prelaticios para no provocar la negra quisquillosidad de los malandrines entre quienes me tocara actuar. I ello, sin contar la natural contrariedad proveniente de un ejercicio de ministerio subalterno, por más litúrgico y elevado que fuese, bajo la evidencia de un trastorno de destino que se encruelecía en la angustia de una ominosa prolongación. Gracias a Dios, durante estos veinte años en que he prestado a la Iglesia de Venezuela servicios de la mayor cuantía, no ha tenido ella ningunos honores que darme en retribución, y hoy soy el mismo, en dignidades y personalidad eclesiástica, que me dejó siendo el gran Arzobispo Monseñor Castro, quien con entera espontaneidad y sin dárme lo siquiera a sospechar, me honró con tales preeminencias. Pero semejante disciplina de conducta, obligándome a un tremendo gasto interno de energías y a una reserva formidable en las manifestaciones externas de mi carácter, no ha podido menos de redundar en desmedro de mi elasticidad espiritual y embotar el dinamismo de mis facultades, que ojalá llegara el momento de poderlas nuevamente ejercitar con el vigor de que aún las siento bien provistas.

Debo decir una palabra respecto de mi labor como Deán de la Catedral. En el empeño de darle al servicio una perfecta organización y el mayor brillo a todo lo tocante al decoro y dignidad de esta Santa Iglesia, hice cuanto pude, y si no logré tampoco ver totalmente satisfechas mis aspiraciones en tal sentido, se debió a las mismas causas de estorbo y estrechez de ideas de la chusma canonical con quien hube de manejar. Quedan allí, entre otras muchas cosas, para perpetua memoria la *Regla de Coro*, el *Manual de Preces*, el *Directorio de Altar, Coro y Sacristía*, la *Guía para el servicio de los Seminaristas*, el establecimiento del *Canto Gregoriano*, la constitución de la *Capilla Musical*, la creación y sostenimiento del *Cuadrante y Distribuciones Cotidianas* así como también las *Distribuciones Extraordinarias*, el culto semanal de *las Animas*, el auge de las rentas y el haberlas librado del peligro de proyectos descabellados: todo eso en un trabajo a solas y superando las acechanzas de aquellos protervos e idiotas que con su malignidad o su cortedad de miras bloqueaban y azoraban el menguado espíritu arzobispal. Tuve la aspiración de que la Catedral fuese totalmente reconstruida, levantándose sobre su misma área un edificio grandioso por su arquitectura, con todos los anexos apropiados, y enriquecida de artísticos ornamentos y mobiliario sagrado. Pero, ya que no

se pudo realizar este plan, ojalá que se complete lo pendiente del modelo adoptado y que, además, cuente algún día la Catedral de Caracas con una magnífica Sala Capitular, una Biblioteca y Archivo bien tenidos y un buen plantel de enseñanza primaria, a manera de Seminario Catedralicio, para el objeto especial de la formación de sus Acólitos y Cantores.

La inaudita prolongación de la tiranía de Gómez hizo alejarse cada vez más la esperanza de verdadera “rehabilitación” para esta Iglesia, engrosando día tras día el cúmulo de sus desastres y abatiendo en igual grado el ánimo para la labor de repararlos. Porque se puede alimentar la ilusión de restablecer un orden de cosas trastornado por cinco y hasta por diez años, pero cuando son quince y veinte y más años todavía los que dura la catástrofe, al fin llega uno a persuadirse de que la voluntad de Dios está de por medio y nada es valedero para contrarrestar semejante infortunio.

Sin embargo, un último vislumbre de esperanza quedaba, y con la sola desaparición ¡por fin! de Gómez era lícito contar que una transformación inmediata y racional en todos los órdenes de la vida pública se efectuaría, facilitando así el enderezamiento de tanto entuerto y el reacomodo de tanto desbarajuste. Pero desgraciadamente las cosas no resultaron tan a pedir de boca. La suelta dada, la forma asaz inconsulta, a la libertad pública, la puerta franca concedida a la propaganda de las ideas políticas más perniciosas y la desmedida flojedad de procedimientos del hombre en cuyas manos cayó la suerte del país, sin plan preconcebido de gobierno, sin colaboradores capaces de dar fisonomía a la política, sin firmeza alguna en los pasos y expuesto a todos los ludibrios, bajo la tacha final de plena incapacidad para el mando, hicieron perder la preciosa oportunidad de los primeros momentos y empeoraron de un modo tal vez irremediable la condición del destino de Venezuela. Cuanto a la Iglesia, esta pérdida de rumbo no ha podido serle más funesta, pues el hecho del ridículo en que se puso en seguida a la persona del Arzobispo, haciendo irreparable su descrédito por causa del real menosprecio con que la opinión general lo miraba, fue un golpe espantoso para el prestigio de la divina Institución; y la campaña en su contra, de parte del sector extremista –con el cual en este punto más o menos simpatizan todas las demás ideologías que, en materia filosófica y política, prevalecen en el país– desbarató cualquier ilusión que pudiera abrigarse de mejorar en Venezuela la condición de la Iglesia. El arreglo que pretendió en tales circunstancias darle a las cosas el Nuncio Cento, vino a

perfeccionar el fracaso, haciendo todavía más desesperante el callejón sin salida donde nos hallamos metidos.

¿Cómo explicar este horrible sino de la Iglesia de mi patria? Yo me he devanado los sesos año tras año delante de Dios para descifrar tan doloroso enigma, y nada he podido lograr, pues rechazo en redondo la tan manoseada razón simplista de una maldición que nos oprima. Pero todo un siglo de malandanzas de esa Iglesia, y apenas un vislumbre de redención, y luego un trayecto interminable de oscuridad, y, cuando parecía que volviera a renacer el consuelo, no hallar en la boca del túnel sino el más formidable precipicio... es para perder todos los estribos en materia de dictámenes de la razón y declararse en plena derrota del sentido humano ante los caminos inescrutables de Dios. Una Iglesia cuyo primer Pastor es un pobre hombre –de una nulidad mental increíble, sin lastre alguno de conocimientos y necesitado de guía hasta para las cosas más triviales, indeciso por carácter y tal vea acogido al socorro de esa sempiterna irresolución como único arbitrio o refugio de su espíritu para evitarse compromisos, pero más bien propenso a plegarse ante la audacia de los malos a fin de no hacer uso de una autoridad que verdaderamente fue en sus manos del todo ociosa: todo lo cual justifica bien el diagnóstico irrisorio de “insuficiencia mitral” con que la chispa caraqueña la estigmatizó desde el principio; una Iglesia cuyo segundo Pastor<sup>17</sup>, y los Sufragáneos de uno y del otro, adolecen en mayor o menor grado de la misma *insuficiencia*; una Iglesia así no puede llamarse Iglesia. Porque yo no entiendo como tal sino la entidad en cuanto bien organizada, con su gobierno en manos idóneas, con su alta autoridad debida y eficazmente desempeñada, con su poderosa influencia desarrollada para el gran servicio de la Religión y de la Patria. Pero este estado nuestro, en que los Prelados no valen nada; en que toda la vida religiosa se reduce a las prácticas de culto y devoción de la gente –particularmente el mundo mujeril– para conseguir los favores privados que del cielo se imploran; en que todo el interés por la causa católica está en manos de unos pocos hombres indoctos, estultos, mentecatos, plebeyos, burlados de la fortuna, desorientados, verdaderas piltrafas de gente buena, y de unas pobres generosas mujeres a quienes una exaltación sentimental confiere también bríos de apostolado; en que la defensa de esa misma causa es preciso hacerla a

---

17 Se refiere con “segundo Pastor” a Monseñor Silva, arzobispo de Mérida. Para esta fecha sólo había dos arzobispados en Venezuela.

fuerza de violentas abnegaciones, arrostrando la vergüenza de una realidad desmentidora, siendo la persona y calidad del Prelado el principal obstáculo para el buen éxito de esa defensa y teniendo, sin embargo, los luchadores que echárselo a costas, como Eneas a su padre Anquises, para medio salvarlo del desastre, sin que siquiera se de él cuenta de la magnitud de su ruina: este estado de cosas no puede llamarse Iglesia, y una tal inversión de valores no puede entrar en los planes de Nuestro Señor Jesucristo para la conservación y salud de su rebaño en la tierra. ¿Ni cómo admitir que sea razonable ese trastorno de ministerio y deban quienes no han recibido la misión oficial responder del trabajo, cuando a sabiendas se han escogido y puesto a su frente individuos ineptos? A menudo he pensado con cuánta facilidad se desmoronaría una Orden o Congregación Religiosa, en la cual su régimen de autoridad, en las varias gradaciones que lo integran, perdiese el vigor y la sabiduría convenientes a sus fines, y considerado que sólo por un prodigioso equilibrio de circunstancias cabe que este cadáver de Iglesia a que me vengo refiriendo aparezca aún de pie y engañe a algunos de lejos con apariencia de vida. No, en Venezuela no hay Iglesia, este aparato que existe no merece la pena de ser tomado en cuenta, y tal vez sea el desprecio con que se la mira lo único que pueda librarla del total naufragio. ¡Qué tristeza!

I eso que no he parado mientes en una de las notas más curiosas del pésimo personal criollo de su clero: la nota de la falla de seso. Desde la neurosis más aguda hasta la más corriente neurastenia, sin contar los casos de locura rematada y de lo que en general se dice “destornillamiento”, se recorre toda una gama de desequilibrios que hacen de este clero, por su porcentaje de veras excesivo, una infeliz caterva de orates. I nótese que muchos de ellos la echan de varones de alta espiritualidad y hasta tuvieron una cierta formación ascética, siendo muy de admirar que entre la gente devota se les llega casi a tomar como santos y se les crea una reputación de grandes directores de almas. Lo cual se debe, no obstante, a la bobería y candidez de esa gente, que a sí misma se embauca por tales o cuales exterioridades, y la cual por su parte es ya inclinada a las exaltaciones de carácter religioso, por donde no dejan tampoco de observarse en ella los casos de locura mística. ¿Cómo se explica esa superabundancia de degenerados en nuestro gremio eclesiástico? Indudablemente obedece a la íntima calidad del material humano que entre nosotros se enrumba hacia el Santuario: *el*

*que no sirve para nada sirve para clérigo*; y tal vez tenga su parte también cierto extravío del espíritu por causa de una formación personal ascética, hasta con ribetes de misticismo, pero privada de sabia dirección y entregada al propio estrecho criterio: por lo demás, reduciendo todo su ahínco a entretener devocioncillas insignificantes y aun a las veces estrafalarias. ¿Habría también que apuntar en ese desconcierto psíquico algún desmedro de carácter fisiológico proveniente del género de vida y de las pésimas condiciones en que la existencia del sacerdote tiene que desarrollarse entre nosotros, tan en desacuerdo con los reclamos de su excepcional estado? ¡Quién sabe! Lo cierto es que esto de la psicopatía sacerdotal es uno de los aspectos más lamentables en el problema de nuestra Iglesia.

Ello, por supuesto, sin contar la ralea superiormente ignominiosa de los ignaros de tomo y lomo, de los babiecas de apaga y vámonos, de los sórdidos mercenarios que medran al amparo de la continua demanda de servicios religiosos que su piedad necesariamente reclama a los fieles, de los disolutos de todo calibre (entre los cuales algunos sujetos distinguidos en letras): ralea que tanto ha contribuido a desacreditar entre la gente culta y de buenos alcances al clero de Venezuela. Siendo dado aquí, sin embargo, el caso extraño de que alguno de esos eclesiásticos poco recomendables fundase obras de bien que, en su desarrollo, no han dejado de hacerse meritorias. Porque eso constituye una de las peculiaridades más despampanantes de nuestro criollismo, ante el cual salen fallidos todos los dictados del sentido común.

Por cierto que esta simplicidad mental y esta rudimental religiosidad que prevalece en todas las categorías de la gente venezolana, es uno de los óbices para resolver el problema de la gran acción de la Iglesia en el país. Los fieles no entienden sino de los pequeños ministerios de culto para satisfacer sus menudas devociones y atender al reclamo de sus particularidades necesidades y mientras , y mientras más poca cosa es el sacerdote o más corto de entendederas (que es lo que entienden por “humilde”) o más ducho en explotar con alborotos iglesieros el ingenuo sentimentalismo, sobre todo de la gran masa mujeril, más complacidos se muestran, y ya creen que con eso está plenamente cumplido el papel de la Religión en la sociedad. Mucho es todavía si para los servicios de beneficencia y caridad (al fin y al cabo cosa ante todo del resorte femenino) se cuenta de modo principal con la intervención de los ministros de Dios. Pero lo que

es para las grandes cuestiones de la vida pública, no hay que pensarlos, ni la mayoría del clero les dedica interés (si no fuere alguno para disparatar o meterse en bajas actividades) ni la generalidad del pueblo alcanza a penetrar el valor de una tal ingerencia. Por lo demás, los hombres del gobierno y de la política, obsesionados de continuo por el temor del influjo preponderante de la Iglesia en los negocios del Estado, favorecen aquel criterio menguado; y esta es la razón por la cual han escogido siempre para las Sillas Episcopales, y particularmente para el Arzobispado de Caracas, a los eclesiásticos de menor relieve de que pudieran echar mano, habiéndose creado desde tiempo atrás –aun en el ánimo del vulgo– la conciencia de que para ser Obispo en Venezuela no se requiere sino “modesta inteligencia y valimiento cerca del Presidente de la República”.

Sea como fuere, sin embargo, el pavoroso enigma se yergue indescifrable ante los ojos de mi espíritu. Porque no se trata del destino particular de un individuo, ni de la falla del remedio a necesidades materiales, que fácilmente hallan explicación y aún justificación en el orden corriente de la providencia divina: se trata de algo muy fundamental y trascendente, que pone en quiebra conceptos altísimos de la Razón y la Teología; se trata de la marcha de la Obra de Dios en el mundo y de la edificación de la Institución de Jesucristo entre los hombres. ¿Cómo es posible que esa Institución caiga y permanezca indefinidamente en manos inertes, entre las cuales no hace sino granjearse más y más el desprecio y el oprobio? Tendría, a la verdad, una maravillosa aplicación la palabra de San Pablo que tanto se saca en estos casos a relucir: *Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia*, si realmente de tales sujetos, como acaeció con los Apóstoles, la Iglesia reportara su esplendor y su triunfo. Pero si es lo contrario lo que sucede y se palpa, no acaba uno de percibir cual parte propiamente activa hayan tenido N.S. Jesucristo y el Espíritu Santo en la selección de tales Pastores para su Grey. I si a esto se agrega esos oídos sordos que Dios parece poner a las súplicas por el remedio de tamaña calamidad, y el recrudimiento de la misma cuando se dijera que iba a cesar ya, y el desengaño supremo ante el fracaso definitivo de las esperanzas, por largo tiempo sostenidas en silencio y muy legítimamente abrigadas, de un feliz alzamiento de tan ominosa postración, se queda uno cada vez más sobrecogido ante la oscuridad espantable del caso. ¿Adónde va a parar por ahí la fuerza tan pregonada de la oración? ¿Puede darse una súplica más pura, más noble y



desinteresada que la que se hace día tras día, durante toda una vida, en el silencio del alma y en la mayor angustia del espíritu, por las necesidades de la Iglesia y el brillo de su obra en el seno de la Patria? ¿O es que Dios no quiere tomar en cuenta semejantes anhelos y, al fin y al cabo, no infunde ansias tan elevadas sino para darse el gusto en el término de la jornada de dar con uno en tierra y hacer sangrienta burla del más excelso ideal? No, no eso no puede ser. ¡Cuán feliz, por el contrario, hizo el Señor a aquel “varón de deseos” que fue el Profeta Daniel, al instruirle, por medio del Angel Gabriel, de sus designios a favor de su Monte Santo! Tales son, pues, las dolorosas perplejidades que atormentan mi ánimo en esta última etapa de mi vida, en presencia de la desgracia irreparable de la Iglesia de Venezuela, después de haberla vivido toda entera entre las lástimas y a veces magníficos consuelos de cada actualidad y la visión halagadora de una segura y escondida restauración. Ni se tengan estos desahogos como muestra de decaimiento de la fe en quien los escribe, ya que ellos están escudados por las continuas quejas del Salmista por el abandono de Dios a su pueblo (¡y aquí no se trata del destino temporal de una nación!) con que a cada paso se tropieza en la diaria recitación del Oficio Divino.

Perdida, pues, ya toda ilusión, y aunque creo que el estado en que se han puesto las cosas públicas en Venezuela no permite presumir que la Iglesia aquí pueda más levantarse de sus ruinas, quiero dejar constancia del programa que hubiera debido realizarse, y el cual sería indispensable llevar a cabo si dicha Iglesia no hubiera de perecer. No es ello, por lo demás cosa tan ardua que una voluntad enérgica, con cinco años siquiera de trabajo y un buen apoyo de parte de las fuerzas sociales y gubernativas, no fuera suficiente a efectuar, por lo menos en sus líneas principales, para restaurar entre nosotros el prestigio de la Iglesia. Me refiero, por supuesto, principalmente a la Arquidiócesis de Caracas.

- I. Lo primero es la formación del clero en una vida intensamente sobrenatural, aprovechando la educación del Seminario que hoy recibo, pero corrigiendo ciertas deficiencias y, sobre todo, haciendo sentir el Prelado todo el influjo de su personalidad, a fin de que marche armónicamente por una orientación definida al logro de la influencia eficaz de la Iglesia en el país, y que su ejemplaridad y disciplina nada deje que desear.

- II. Junto con ese ejercicio de vida sobrenatural, que llegue por fin a darle a nuestro clero criollo una verdadera fisonomía de santidad y podamos contar en su seno con varones genuinamente venerables y de consejo, una ilustración completa y un criterio perfecto de adaptación a nuestras necesidades sociales acerca de todas las cuestiones que agitan hoy al mundo, a fin de poder dirigir con verdadera maestría los espíritus y encauzar el desarrollo de las nuevas ideologías, preñadas de peligros, que están hoy pugnando por abrirse campo en la dirección de los destinos de la humanidad.
- III. Cuanto a la plana más antigua de ese clero, aprovechar sus elementos lo mejor posible y reparar sus fallas, sin permitir se perpetúen los daños que se derivan de su mal servicio por desidia, incompetencia o relajación.
- IV. Alto ejercicio de la autoridad episcopal y dominio pleno de la misma en los asuntos de su competencia, de suerte que el Prelado no sea un muñeco sujeto a ser manejado o explotado por gente más o menos incapaz o maligna, ni tenga que estar mereciendo a cada paso amonestaciones o intervenciones de la Nunciatura Apostólica en las cosas privativas de su oficio pastoral.
- V. La Curia Eclesiástica de Caracas necesita una completa organización, pues carece aun de lo más elemental, tanto en la Secretaría de Cámara como en la Vicaría General y el Provisorato, para corresponder al decoro e importancia de tan altas Oficinas.
- VI. Una de las deficiencias más increíbles de esta Iglesia es la falta en su clero de sujetos idóneos debidamente preparados para los servicios de Oficina y los menesteres superiores del gobierno eclesiástico. De ahí la necesidad urgentísima de formar un núcleo de clérigos para tales cargos, que den lustre por sus letras y distinción de maneras, al cargo que desempeñen. I como en este punto la cuestión económica constituye un obstáculo casi insuperable, el medio más a propósito sería destinar los asientos del Cabildo y Coro Catedralicios a esa categoría de clérigos, en lugar de estarlos reservando como hasta ahora para gente senil, valetudinaria, imbécil y de malos antecedentes, verdadera basura del clero, que ningún esplendor sino antes bien mucha desestima procura, tanto a la Muy Venerable Corporación como al Prelado mismo a quien de continuo deben rodear para atender a sus consultas

y para ser lucimiento y prestigio a sus augustas litúrgicas funciones. Ello sin contar los estorbos irritantes y molestias insufribles que los tales causan por sus mezquinas rencillas, la eterna desedificación, su continua maledicencia, sus miserables envidias, su execrable afán cuprífero en las sagradas funciones, sus viles intriguillas para fastidiar o desconceptuar a quien temiesen les pudiera reprimir los desmanes, y su perpetuo ejercicio de la más vulgar chismografía.

- VII. La buena organización también del servicio de Parroquias y la eficaz labor de las Visitas Pastorales es otra cosa de interés supremo de cuyo absoluto descuido está adoleciendo esta Iglesia. La forma del todo primitiva como la cura de almas se viene ejerciendo en Venezuela es lastimosísima: la falla es total, sea cual fuere el aspecto de la cuestión que se considere, y nada tiene de extraño esa deserción constante que se producen en el seno del rebaño y el descrédito cada vez más marcado en que las cosas de la Religión van cayendo, así como la pésima administración de los pocos bienes materiales que algunas iglesias poseen.
- VIII. Claro está que, levantada así la calidad del personal en el manejo superior de los asuntos eclesiásticos, los demás reclamos de diversa índole para la actividad de la Iglesia en orden a su influencia social, fácilmente se irían satisfaciendo. Propaganda, enseñanza, Seminarios, prensa católica, desarrollo de la vida cristiana, en una palabra, Acción Católica en todos los sentidos, adquirirían entre nosotros el debido auge—siendo para ello muy útiles los Institutos Religiosos bien controlados y apreciados— y la Iglesia tendría en Venezuela el honor, la representación y el gran empuje civilizador que tanto la realza y es su única razón de ser en el mundo.
- IX. ¿Cómo podría llegarse a una tal restauración? El único modo es por medio de un Episcopado perfectamente capacitado para su misión y al sostenimiento de cuya autoridad el Papa y el Gobierno concurrieran en forma franca y enérgica. Esta última condición, para prevenir los estorbos que los malos clérigos pudieran oponer al ejercicio de esa autoridad. Desgraciadamente, es casi imposible formar en Venezuela un Cuerpo Episcopal con tales dotes, porque no hay en nuestro mundo eclesiástico sujetos de semejante capacidad: esta fue la razón por la cual no fui partidario del gran aumento de Diócesis (hubieran bastado dos más) y la Nunciatura sabe muy bien cuales

son mis opiniones en materia de candidaturas episcopales. El desastre de algunos de esos nuevos Obispados y lo oscuro de su perdurabilidad en el caso de una próxima afección, está confirmando a voces el acierto de mi criterio. Pero yo estoy seguro de que con un sujeto siquiera de aquella calidad, en la mitra de Caracas, el impulso que se diera sería poderoso a llevar muy adelante aquella transformación. He hablado del Gobierno, porque me parece indispensable –con tal que sea inteligente y de buena fe– su cooperación para la buena marcha de la Iglesia en el país, dada la carencia de elementos materiales que ella padece aquí y no pudiéndose contar con los grandes donativos de los fieles –a causa de la pobreza general y la falta de inteligencia y la idiosincrasia de la gente al respecto– para remediarla. A veces se insinúa por algunos la conveniencia de la separación de la Iglesia y el Estado en Venezuela, sin parar mientes en las circunstancias políticas del país, en la descarada violación de todos los derechos que es aquí el método tradicional de la vida pública, y en el abandono y despojo y desvalimiento absolutos en que la Iglesia quedaría constituida bajo tal separación. Yo creo que, por lo menos en la hora actual, si surge un Gobierno que la dicte, la existencia de la Iglesia en Venezuela puede darse por definitivamente extinguida.

- X. Por lo demás, es un problema tremendo el de crearle rentas a esta Iglesia para poder subvenir a las necesidades de apostolado que la agobian, ya que sin los recursos materiales suficientes no es dable sostener el personal y las obras que en el mayor número de las parroquias, campos y caseríos es preciso constituir para los fines de salvación de las almas. Hay, sin embargo, que pensar y no dejar de la mano ese asunto de formarle un patrimonio a la Iglesia en Venezuela.
- XI. Termino esta lista de trabajos que un verdadero Arzobispo de Caracas tendría que acometer en estos momentos para levantar de sus ruinas a nuestra Iglesia con indicación de dos obras materiales de inaplazable ejecución: la terminación de la reforma de la Catedral y la reconstrucción del Palacio Arzobispal, de manera que éste corresponda al decoro de la dignidad del Primer Pontífice de nuestra Iglesia y, sobre todo, se preste a la conveniente instalación de las varias Oficinas del gobierno eclesiástico de la Capital de la República. Respecto de la primera de esas obras, ya he dicho en otro lugar de este escrito (p. 21)

lo que, según mi aspiración, es indispensable ejecutar; respecto de la segunda, basta nombrar ese Palacio para que se renueve la impresión de antigualla, de indecencia y desorden que a propios y extraños produce el enorme y destartado caserón.

XII. Digo también una palabra sobre la necesidad de resolver el problema de la instalación del periódico *La Religión*, que viene siendo un elefante blanco para el Arzobispado y tiene ya por demasiado tiempo en irracional servidumbre una gran finca de la Catedral.

Concluyo esta exposición proclamando muy alto que ningún interés personal me ha movido en mis aspiraciones en pro de esta Iglesia, pues habríame bastado ver a quienquiera que fuese a la cabeza de ella realizando el programa de su engrandecimiento, aunque para nada tomase ya parte en su gloriosa labor. La prueba es que ayudé con todas mis facultades a Monseñor Castro en su tarea arzobispal sin ocupar puesto oficial en su gobierno,<sup>18</sup> y he ayudado con igual esfuerzo a los Nuncios, especialmente a Monseñor Cento, sin recibir de ellos ninguna clase de favores. Por lo demás, la vida ha transcurrido para mí sin mostrarme esquivo el semblante, y si no hubiera sido por mi perenne inquietud respecto de la Iglesia, bien podría decir que he visto satisfechos todos mis anhelos. Las luchas me fueron siempre gratas y nunca la oposición de mis enemigos me conturbó el ánimo. Las pocas desazones que me han sobrevenido en una existencia ya bastante larga, son el lote menos grave que podía tocarme. I todavía debo dar infinitas gracias a la bondad divina que en su amable providencia me las ha hecho pasajeras y me ha librado, con una ternura verdaderamente inefable, de casos y contingencias que bien pudieran haberme sido funestos. Mi vida material no ha carecido jamás de lo necesario para subsistir, desde luego que tuve siempre por norma no adquirir bienes terrenales, contando a ciegas con la seguridad de aquella misma Providencia para los reclamos de ese orden y el conducirme, etapa tras etapa, al sitio que mi destino en esta Iglesia parecíame señalar. Por eso he de morir sin un céntimo atesorado y en la plena alegría de que ello no me ha hecho falta para el logro de la felicidad. Debo, por último, agradecer a Dios que, al colocarme de Deán de la Catedral de Caracas, me proporcionó la manera de proveer a las exigencias temporales de mi posición y de la índole de mis trabajos –habiendo podido superar felizmente momentos de ansiedad y zozobra

---

18 Dice a pie de página: Cfr. p. 16. nota.

extremada— y por eso ojalá pueda yo realizar para con esa Catedral mi propósito de dejarle perpetuado de un modo sensible el testimonio de mi amor y gratitud. He vivido, pues, únicamente en la Iglesia y por la Iglesia de mi patria, y si he hecho algo en su obsequio también le estoy sobremañera obligado por el honor y realce que ella ha conferido a la publicidad de mi nombre. Sólo siento que una visión tan hermosa de brillo para la Religión en mi patria como la que a mí me deleitara se haya miserablemente desvanecido, que en el momento mismo de poderse realizar este sueño de tantos años un hado adverso lo tornara aún más irrealizable que nunca, y que, viendo disolverse en la nada unos planes tan noblemente forjados y tan llamados a una gloriosa ejecución, haya de morir yo con la dolorosa persuasión del fracaso de mis esfuerzos y la horrible amargura de un bello destino brutaamente frustrado por la estulticia de los hombres. No por eso la gloria de Dios padecerá menoscabo, y ¡sea El bendito por los siglos de los siglos!

Caracas 28 de setiembre de 1936  
(46º aniversario de mi ordenación sacerdotal)

N.E. Navarro  
Prot. Apost.